



Tema 12: El Huerto de mi alma, visitado por Dios

EL HUERTO, IMAGEN DEL ALMA

Ahora tornemos a nuestra huerta o vergel, y veamos cómo comienzan estos árboles a empreñarse para florecer y dar después fruto, y las flores y claveles lo mismo para dar olor. Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios (y plega al Señor haya yo ahora comenzado a servir a Su Majestad; digo «principio» de lo que diré de aquí adelante de mi vida) me era gran deleite **considerar ser mi alma un huerto y al Señor que se paseaba en él.**

Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes que comenzaban, a lo que parecía, a querer salir y que fuese para su gloria y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, **y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mejores.** Digo «cortar», porque vienen tiempos en el alma que no hay memoria de este huerto: todo parece está seco y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud. Pásase mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca al pobre hortelano que todo el que ha tenido en sustentarle y regarle va perdido.

Entonces es el verdadero escardar y **quitar de raíz las hierbecillas** - aunque sean pequeñas- que han quedado malas. Con conocer no hay diligencia que baste si el agua de la gracia nos quita Dios, y **tener en poco nuestra nada**, y aun menos que nada, **gánase aquí mucha humildad; tornan de nuevo a crecer las flores.**

Santa Teresa disfruta y goza con la idea de que **el Señor se pasea por su alma**, y la embellece y la colma de gozo con su dulce y benefactora presencia.

"Muchas veces en mis principios... me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto y al Señor que se paseaba en él".

Es lo mismo que siente San Juan de la Cruz (en realidad todos los místicos) del **dulce Huésped del alma**:

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno
donde secretamente solo moras
y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno
cuán delicadamente me enamoras!

No faltan tampoco ecos de la sagrada Escritura: Desde el paseo de Yavéh al atardecer por el jardín del Edén:

"Luego plantó Yahveh Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado. Yahveh Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. De Edén salía un río que regaba el jardín, y desde allí se repartía en cuatro brazos... Tomó, pues, Yahveh Dios al hombre y le dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase. Yahvé Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa" (Gn 2, 8-10.15; 3,8)

Hasta del Cantar de los cantares:

"Mi amado apacienta sus rebaños entre los lirios" (2,16).

"Entre mi amado en su vergel y coma sus frutos exquisitos" (4,16).

"Mi amado ha bajado a su jardín" (6, 2).

Lo original de Santa Teresa es que, tomando la imagen del Huerto como su alma donde Dios se pasea, saca una **rica y bella doctrina sobre la oración y sobre la vida de intimidad con Dios.** La imagen le va a resultar extraordinariamente sugerente. Su hábil pluma movida por su apasionado corazón compara el trabajo del hortelano con el de Dios en el alma y así deducirá los cuatro grados de oración en el alma.



Dios obra quitando malas hierbas, escarda, limpia, planta las buenas, y riega... Y el hortelano (el alma) debe estar atento y facilitar lo más posible la acción divina. Esta solicitud del hortelano ayuda a que no se malogre la siembra, pero lo definitivo será siempre la acción divina.

Quiere Teresa que **volvamos a ese nuestro huerto interior**, que entremos en nuestro interior, que nos gocemos de la presencia del divino Hacedor, que admiremos nuestra alma visitada por Él y embellecida con tanta variedad de preciosas flores y sabrosos frutos.

Lecciones del trabajo de Dios en el Huerto de mi alma

1. Fragancia de las flores

Las flores están cargadas de aroma y perfumes... Eso las hace signo de las virtudes. También el alma, por la presencia de Dios, tiene que generar un ambiente de riquísima fragancia... El alma se hace así **habitáculo más confortable y adecuado para que Jesús descansa y respire el aroma de la santidad y de las virtudes.**

"Mi nardo exhala su perfume" (Cant 1,12).

Mi nardo exhala todo su perfume para Él, para el Señor. "Como el cinamomo y el aromático aspálato, he dado mi aroma; y como mirra escogida, expandí suave olor" (Ecl o Si 24, 15).

"Echa la higuera las yemas de sus higos, las viñas en flor exhalan su perfume" (Cant 2, 13).

"Exhalar perfume", "emanar aroma" tiene claramente un significado de **entrega, de donación en el amor**, es un derramarse, es un darse, es **convertir mi vida y mi alma en un perfume para Dios.**

"Floreced como lirio, exhalad suave olor y entonad un cántico de alabanza. Bendecid al Señor por todas sus obras" (Sir 39,14)

¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Ahora la mirada de Jesús se extasia contemplando la belleza de esas flores que tapizan nuestros campos. Prados esmaltados de diminutas margaritas, amapolas que se esconden entre doradas espigas. **Mirad los lirios del campo...** Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se arroja al horno, Dios la viste así, **¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe?** Un padre bondadosísimo nos envuelve en su providencia amorosa. **Nada me debe inquietar. Ni mis propias miserias, ni mis fallos continuos en ese camino de santidad.**

También nuestro Señor, en sus parábolas, se sentía atraído por las bellezas de la naturaleza, y de las flores. Sus palabras, y deliciosas parábolas, exhalan aroma de naturaleza, huelen a tierra labrada, a

árbol cuajado de frutos, a agua oreada por el viento, a cosechas maduras, al sol de junio.

El buen olor de Cristo. Estamos llamados a difundir con nuestras vidas la fragancia de Cristo. Y así, por ejemplo, hablando de su apostolado, san Pablo constata que ha recibido la sublime misión de esparcir por todas partes la fragancia de Cristo (2 Cor. 2,14). En medio de un mundo corrompido por el hedor del pecado (cf. Rom. 3,10ss) contempla su acción evangelizadora como un difundir por el mundo entero el buen olor del conocimiento de Aquel cuyo nombre es «ungüento derramado» (cf. Ct. 1,3; Sir. 24,15). En el fondo de esta imagen late la convicción del inmenso atractivo de Cristo y de su amor, «que excede todo conocimiento» (Col. 3,19).

Los santos son los que mejor esparcen ese aroma divino. De San Pío de Pietrelcina, por ejemplo, se cuenta que difundía el olor de Cristo, a veces incluso con un perfume físico. Así lo atestiguan innumerables personas dignas de fe que le conocieron.

Y las gracias que acompañaron la muerte de Santa Maravillas de Jesús revelaron la santidad de su vida: su cuerpo exhaló un suavísimo, extraordinario y persistente perfume de nardos que todos los muchos fieles que acudieron a su despedida pudieron experimentar con gran evidencia.

2. Abundancia de plantas y frutos

Santa Teresa, extraordinariamente sensible y observadora, al escribir esta alegoría, tiene en su mente los huertos de sus Monasterios, plagados siempre de exuberante vegetación: variados árboles, flores multicolores que recreaban su alma... Los árboles frutales la asombraban un poco más: tras la flor, después de exhalar el aroma, dan el fruto sabroso. Esta belleza que se transforma en generosidad, la entusiasmaba.

Nunca olvidemos que **estamos llamados por Jesús a dar frutos**, a que en el huerto de nuestra alma crezcan los mejores frutos de santidad: *"Yo os he elegido, y os he enviado para que vayáis y déis fruto, y vuestro fruto permanezca..."* (Juan 15:16).

La acción de Dios en el alma, como la del mejor hortelano, es maravillosa y sorprendente: Nos quiere empapar, penetrarnos de su amor, invadirnos, embriagar nuestra alma... como la lluvia empapa la tierra para que esponjada, vencida toda dureza, se ablande a su amor y dé los frutos que Él espera de nosotros... Su acción es benefactora para la tierra de mi corazón, de mi vida: la gracia sana, purifica, eleva mi naturaleza. Por eso, **una santa inquietud nos debe animar siempre en nuestra vida: que nuestra alma dé abundantes frutos buenos.**

¿Pero cuáles son esos frutos que según nos pide Jesús deben ser **frutos que permanezcan**? El dinero no se queda. Los edificios tampoco se quedan, ni los libros... Después de un cierto tiempo, más o menos largo, todo esto desaparece. Lo único que permanece eternamente es el alma humana, y en ella, lo que haya brotado por la siembra de Dios y de la gracia. Las virtudes, que embellecen el alma y la hacen serena y feliz. Y sobre todo el amor, el amor verdadero que viene de Dios y que se manifiesta en todas nuestras obras. **"Sólo el amor permanece"**.

Tenemos que pedir mucho al Señor que nos ayude a dar fruto, un fruto que permanezca. Sólo así la tierra se transforma de valle de lágrimas en jardín de Dios. (Cf Benedicto XVI)

3. Ejercicio de la poda

En esta "tarea" de cuidar el huerto del alma, hay otra labor que tiene una decisiva importancia: la **poda**, que evidencia la necesidad que tenemos de ser purificados.

La **labor de purificación del alma es fundamental.** El divino hortelano ayuda también a arrancar de raíz las hierbas, a descartar

yerbajos. Este *"quitar de raíz"* equivale a la eficacia de la gracia sanante. No es lo mismo cortar una rama que arrancar de raíz. La gracia sanante arranca de raíz un vicio, y ya no puede retoñar.

También la poda del huerto significa o representa la mortificación del alma. Por eso **Teresa invita al Señor con inmensa confianza y amor a que en su alma corte cuantas flores quiera y pade a su antojo, con total libertad.** Esta poda es necesario ejercicio ascético: cortar para que después broten con mayor fuerza, belleza y fragancia nuevas flores y nuevos frutos.

La poda expresa también la sequedad, la aridez, la oscuridad por la que el ama con frecuencia tiene que pasar... Son experiencias necesarias siempre en la obra de Dios. Son la "noche del sentido" que el Señor propicia permitiendo tentaciones, sequedades, incluso caídas...

En estos momentos, el pobre hortelano sufre en el alma. Le parece que ha estado perdiendo el tiempo y que todo lo que se ha trabajado en el huerto no ha servido para nada, que todo se ha perdido... ¡Es la noche oscura, y amenaza la tentación de deserción, de abandono, de desaliento...! Y sin embargo, **tiene que agarrarse el alma a la fe pura: en ese momento de oscuridad, de sufrimiento, está ganando mucha humildad y pronto volverán a brotar las flores con más fuerza.** Está a punto de despertar una nueva primavera en el alma, un tiempo de gozo, de esperanza renovada, porque cuando todo parecía perdido empieza a brotar sorprendentemente, con nueva pujanza, flores mucho más hermosas y más fuertes, con frutos mucho más sabrosos.

La ascesis, la penitencia, las noches.

«La viña verdadera de Dios, la vida verdadera, es Jesús, quien con su sacrificio de amor nos da la salvación, nos abre el camino para ser parte de esta viña. Y como Cristo permanece en el amor de Dios Padre, así los discípulos, sabiamente podados por la palabra del Maestro, si están profundamente unidos a Él, se convierten en sarmientos fecundos, que producen cosechas abundantes».

*¡Oh Señor mío y bien mío! ¡Que no puedo decir esto sin lágrimas y gran regalo de mi alma! ¡Que queráis Vos, Señor, estar así con nosotros, y estáis en el Sacramento (que con toda verdad se puede creer, pues lo es, y con gran verdad podemos hacer esta comparación), y si no es por nuestra culpa nos podemos gozar con Vos, y que Vos os holgáis con nosotros, pues decís **ser vuestro deleite estar con los hijos de los hombres!***

¡Oh Señor mío! ¿Qué es esto? Siempre que oigo esta palabra me es gran consuelo, aun cuando era muy perdida. ¿Es posible, Señor, que haya alma que llegue a que Vos la hagáis mercedes semejantes y regalos, y a entender que Vos os holgáis con ella, que os torne a ofender después de tantos favores y tan grandes muestras del amor que la tenéis, que no se puede dudar, pues se ve clara la obra?

Sí hay, por cierto, y no una vez sino muchas, que soy yo. Y plega a vuestra bondad, Señor, que sea yo sola la ingrata y la que haya hecho tan gran maldad y tenido tan excesiva ingratitud: porque aun ya de ella algún bien ha sacado vuestra infinita bondad; y mientras mayor mal, más resplandece el gran bien de vuestras misericordias. ¡Y con cuánta razón las puedo yo para siempre cantar!

*Suplícoos yo, Dios mío, sea así y las cante yo sin fin, ya que habéis tenido por bien de hacerlas tan grandísimas conmigo, que espantan los que las ven y a mí me saca de mí muchas veces, para poderos mejor alabar a Vos. Que **estando en mí, sin Vos, no podría, Señor mío, nada, sino tornar a ser cortadas estas flores de este huerto, de suerte que esta miserable tierra tornase a servir de muladar como antes.***

No lo permitáis, Señor, ni queráis se pierda alma que con tantos trabajos comprasteis y tantas veces de nuevo la habéis tornado a rescatar y quitar de los dientes del espantoso dragón.



12. MODELOS Y TESTIGOS: Beato Juan Huguet Cardona (1913-1936)

El 27 de octubre de 2013 tuvo lugar en Tarragona, con motivo del año de la fe, la gran celebración en la que la Iglesia elevaba al honor de los altares nada menos que a 522 nuevos beatos, entre los que se contaban, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, y muchos seglares. Uno de ellos fue Juan Huguet Cardona, el joven sacerdote cuya semblanza presentamos. Se cumplía ese mismo día en que fue beatificado, el centenario de su nacimiento.

Ambiente familiar

Nació Juan en el seno de una humilde y cristiana familia en la isla de Menorca, el 28 de enero de 1913.

Apenas tres días después, el buen cura párroco D. Jaime Garriga, lo cristianaba en la pila bautismal de la parroquia, poniéndole los nombres de Juan, Francisco y Jaime.

Fue el mayor de cuatro hermanos. Los padres, Juan y Eulalia, sencillos campesinos, vivían por entonces con el abuelo materno, en la finca de su propiedad, en la que trabajaban también los hermanos de Eulalia. Labor humilde y muy sacrificada, que requería los esfuerzos de todos, generándose un ambiente de recia religiosidad. Al fallecer el abuelo, se hizo cargo de la finca el tío Jaime, y los padres del pequeño tuvieron que trasladarse a la villa de Alaior, empezando a trabajar ahora como comerciantes, vendiendo productos del campo.

Fueron entonces llegando los demás hijos: Francisco en 1918, Vicente en 1921 y la pequeña María en 1926. Para el primogénito, el cambio fue muy favorable pues empezó a ir al colegio San José de los hermanos de la Salle, que tanto bien le iba a reportar. Una marcada huella de bondad dejaría en Juan el contacto con los hermanos y con los profesores en aquellos primeros años de su escolarización. Su natural inclinación a lo religioso se afianzó bien y su alma sencilla empezaba a soñar con servir a Dios toda su vida. Desde pequeño quería ser sacerdote. Así lo decía sin rubor, y lo demostraba jugando a celebrar misa o con su querencia para acudir a la iglesia a visitar a Jesús.

A los ocho años recibe la primera comunión (la confirmación la había recibido a los tres).

A finales del año 1933 la familia tuvo que trasladar su residencia al cercano pueblo de Ferreries, en el que la vida cristiana se hallaba en un estado muy floreciente.

Formación para ser sacerdote

A los 12 años ingresa en el seminario diocesano. Empezaba así su formación espiritual y académica que le conduciría, con el alma llena de deseos de Dios, al altar del Sacrificio. Fue un seminarista ejemplar, tanto en su aplicación al estudio como a su vida de piedad.

En 1929 fue elegido entre sus compañeros para asistir, en Roma, al jubileo de los seminaristas que el Papa Pío XI había proclamado con motivo de sus bodas de oro sacerdotales. La inolvidable experiencia la vivió con gran fervor, aumentando su amor y deseos de entrega a la Iglesia.

En el seminario de Menorca estudiaban varios seminaristas mexicanos que, por las consecuencias de la persecución antirreligiosa de aquel país, habían sido distribuidos en diferentes diócesis. Este encuentro facilitó y promovió entre los seminaristas un especial aroma martirial, que en Juan caló hondamente. En especial le conmovió, le atrajo y le influyó considerablemente, la figura del P. Pro, ejemplar sacerdote que terminó dando valientemente su vida, derramando su sangre por las almas, a imitación de su Maestro, después de verdaderas aventuras de amor en las que siempre se jugaba la vida.



Ordenación sacerdotal

Juan recibió la gracia del diaconado el 20 de marzo de 1936 de manos del obispo de Barcelona, Mons. Irurita. Y el 6 de junio, el mismo prelado le conferiría la gracia del Presbiterado. No pudo ordenarle su obispo Joan Torres i Ribas, considerado bondadoso, inteligente y muy caritativo, por estar prácticamente ciego. Monseñor Irurita también sería mártir en la misma terrible persecución de esos años. Presagiando tanto sufrimiento, en la ordenación de diáconos dijo a los ordenandos palabras proféticas: "estáis destinados a la muerte y al sacrificio".

Huguet celebró su primera misa solemne el 21 de junio, fiesta del Sagrado Corazón, en su localidad de residencia, Ferreries. Desde pequeño había profesado un especial amor y devoción al Corazón de Jesús.

El alzamiento nacional

La revolución con motivo del alzamiento nacional en la isla de Menorca fue especialmente dura y sangrienta. Al contrario del resto del archipiélago, en Menorca al no triunfar el alzamiento, enseguida prendió una espantosa furia iconoclasta y anticlerical.

Se quemaron las imágenes de numerosas iglesias, se derribaron multitud de cruces, se destruyeron muchas imágenes sagradas (por ejemplo del Corazón de Jesús) de las fachadas de edificios de Ciudadela y de las otras poblaciones menorquinas, y hasta se profanaron tumbas de la cripta de la catedral y de otros espacios sagrados. El 27 de julio fue saqueada la misma catedral y profanado el Santísimo Sacramento.

Nunca Juan se mostró partidario de ideologías políticas. Lo único que quería con pasión era ser sacerdote, y serlo para gloria de Dios y para distribuir la gracia y la misericordia de Dios a las almas. Que se sepa, solo un comentario acerca de la situación política. El testimonio es de su madre. Tras el asesinato de Calvo Sotelo el 13 de julio, estando reunidos en casa y conocida la triste noticia, dijo Juan: "No sé dónde vamos a parar, la cosa se enreda mucho".

"O escupes o te mato"

Fracasado el alzamiento militar, se instauró en la isla el poder revolucionario el día 23, día en que Huguet celebró misa en la capilla del Santísimo Sacramento, ayudado por un monaguillo de seis años que contó a su madre haber visto, cuando el sacerdote alzaba el cáliz, la figura de un joven vestido de blanco con los brazos en cruz al que tres personajes amenazaban con apedrear. Esta mujer corrió a contar a la madre del sacerdote este suceso, que con el tiempo se asociaría a la devoción a San Esteban, presente en Menorca desde la antigüedad, ya que, según una carta del obispo Severo, reliquias de ese primer mártir cristiano llegaron a la isla en el siglo V.

Faltaban al menos dos horas para que empezara a oscurecer en aquel caluroso y largo día veraniego. En ese momento hicieron entrada en Ferreries varios coches con soldados muy armados, guardias de asalto y milicianos. La altiva comitiva no disimulaba su actitud provocativa. Querían intimidar a su paso. En uno de los coches iba, borracho no solo de orgullo, el brigada Pedro Marqués, que se había hecho ya con el mando militar de la isla.

Aparcaron frente al Ayuntamiento, y tras hacerse cargo de la situación el orgulloso brigada mandó traer a su presencia a los sacerdotes que estuvieran en el pueblo, y a las personas que tuviesen colaboración con la parroquia.

Detuvieron a Juan en su domicilio. Él, dándose cuenta de que la separación podía ser definitiva, se despidió de sus hermanos y de su madre, abrazándoles: «Adiós, si no nos hemos de volver a ver».

Con Juan detenido, los pistoleros fueron a buscar a D. Jaime Mascaró, el rector del seminario, y que estaba pasando unos días en Ferreries con su familia. Le arrestaron también y, a punta de fusil, les condujeron a los dos al Ayuntamiento. Al llegar ya había otros cuatro detenidos. El ambiente era tenso y sombrío. Al amable saludo de D. Jaime al llegar, respondió Marqués groseramente:

-«*¡Qué buenas noches! ¡Ahí, canallas!*». Y les colocó juntos a todos.

Con mirada torva y voz severa mandó que se quitasen las sotanas... El ambiente se iba cargando de una confusa tensión. Cuando Juan empezó a quitarse la sotana se le cayó al suelo un pequeño cuentafaltas con un crucifijo en el extremo. El hecho llamó la atención de todos, pero el brigada lo vivió como una provocación. Agarró aquel objeto religioso con la mano y lo alzó a la altura de los ojos del neopresbítero, mientras que con la otra mano, amenazante, le encañonaba la cabeza. Entre dientes susurró con desprecio y odio: -«*O escupes esto o te mato*».

Fueron segundos impresionantes. La mirada, admirablemente serena de Juan se llenó ahora de fuerza y de vida. Era como si hubiese llegado el gran momento de su vida, el que, en realidad, siempre habría esperado, y con el que cobraba sentido lo que tantas veces había acariciado y soñado en el seminario: **¡Sacerdote y víctima! ¡Sacerdote para dar la vida por Cristo! ¡Como el padre Pro, como tantos mártires...!**

Los testigos advirtieron el brillo de su mirada. Ni una duda, ni una protesta, ni un desprecio, ni una justificación... ¡todo sobraba! Aquel era, sencillamente, el momento de Dios...

-**"No escupo"** dijo varias veces moviendo la cabeza... mientras con mirada apacible, contemplaba de frente y sereno la del tenso brigada...

Invadido ahora por un impulso sobrenatural, alzó la mirada al cielo, extendió sus brazos en cruz, y con todas sus fuerzas, gritó: **"Viva Cristo Rey"**. El grito resonó en toda la plaza de Ferrerías, a la vez que penetraba en el tabernáculo celestial. Y el cielo entero se estremeció.

La reacción de Marqués fue cobarde y perversa: le disparó dos tiros en la cabeza, desplomándose el cuerpo de Juan herido de muerte. De inmediato la sangre, brotando a borbotones, le envolvió en un charco rojo...

Los dos tiros hirieron también de muerte la conciencia del asesino, que ya no podría dormir en paz. Simulando una tranquilidad que no tenía, fue a buscar al alcalde, e informarle de lo sucedido: que había matado al joven sacerdote por gritar "Viva Cristo Rey". Y le ordenó que le diesen sepultura.

Sin más dilación, se fue apresurado con su comitiva a Mahón, como huyendo, llevando a los demás prisioneros. Estos, salpicados con la sangre del mártir iban conmocionados. Al llegar a Mahón encontraron encarcelados a otros sacerdotes, y con sus ropas ensangrentadas, les contaron lo que todavía no podían creer.

Juan sufría, inconsciente, estertores de muerte. Los auxilios que le quisieron prestar en las mismas dependencias del Ayuntamiento, resultaron totalmente insuficientes. La noticia fue un grito de espanto en todo el pueblo. Avisada la familia de la tragedia, salieron los padres, acompañados por el doctor del pueblo, D. Jaime Borrás. Al llegar sintió con impotencia que todos sus esfuerzos resultaban inútiles. Y así, con las primeras horas del crepúsculo, **Juan se durmió en el Señor, muriendo como su Maestro, derramando la sangre por amor.**

Dio tiempo, esos sí, a que le administrasen el sacramento de la Extremaunción.

En casa de sus padres

Un alférez dio permiso a los padres para llevarse a casa el cadáver. Lo llevaron entre el padre y uno de los hijos. Eulalia, la madre vivía lo más serena que podía, pero en un grito de dolor contenido, el

misterio del Calvario. Estaba iniciando, con el corazón lleno de espadas, aquel sábado Santo pletórico de un desproporcionado dolor. Con una gran fuerza sobrenatural ella misma le amortajó con los ornamentos de la primera misa... Muchos sentimientos herían su corazón; cada segundo le resultaba terriblemente doloroso y desolador... Nada del hijo quería que se perdiera, recogía con serrín su sangre, y guardaba con veneración su ropa como tesoros de amor y reliquias de santidad...

El cadáver quedó expuesto durante toda la noche y la mañana del día siguiente. Desfiló sin cesar la gente que llegaba sobrecogida, dolorida e indignados. Muchos besaban las manos consagradas del sacerdote, ahora honradas con la gloriosa palma del martirio. Casi todos tenían la conciencia de que contemplaban un mártir.

Una estola morada y su bonete adornaban el féretro, a punto de ser conducido al camposanto.

El entierro tuvo lugar el día 24 hacia el mediodía. No había sacerdotes ese día en Ferrerías, por eso la conducción del cadáver la hicieron un grupo de hombres y jóvenes (no era costumbre en Menorca que las mujeres acompañasen el féretro). Además, las faenas del campo tenían absorbidas a las gentes, lejos de los hogares.

"No puedo apartar de mi mente al joven sacerdote que yo maté"

Acabada la guerra, el antiguo jefe militar Marqués tuvo que volver a Menorca (de donde había sido alejado ya durante la contienda por los de su propio bando). Fue enjuiciado, condenado a muerte y ejecutado. Parece que **prefirió enfrentarse a sus propias responsabilidades en vez de huir al extranjero**, como sin duda pudo haber hecho. Testimonios ciertos nos aseguran que su conciencia nunca le dejó tranquilo. -**"No puedo apartar de mi mente a aquel joven sacerdote que yo maté"**, le repitió varias veces, con apesadumbrada confidencialidad, a un amigo suyo en las tabernas de pueblo

El P. Coll Pelegrí, que más adelante sería durante muchos años párroco de Ferreries, fue el sacerdote que le asistió antes de ser ejecutado. Este es su testimonio:

«El brigada Pedro Marqués Barber, después de haber escuchado la sentencia de muerte, no se recataba de decir que merecía la muerte por el crimen que había cometido matando a un sacerdote de Ferrerías, añadiendo que hubiera podido escapar a la justicia, huyendo al extranjero, pero que no lo había querido hacer por sentir la necesidad de expiar con su muerte el crimen perpetrado, y que el remordimiento de este crimen le había acompañado desde el momento que lo cometió hasta aquellos su últimos momentos.

*Al ofrecerle el juez, en mi presencia, la ayuda de un sacerdote, el mismo Marqués se adelantó manifestando su satisfacción por poder recibir los auxilios espirituales; prestados estos, pidió un espacio de tiempo para escribir a sus familiares, lo que hizo con pulso firme y serenidad admirables. Después oyó la Santa Misa, en la cual comulgó devotamente, y, terminado el Santo Sacrificio, al quitarme los ornamentos sagrados, se adelantó hacia el altar, me abrazó efusivamente, mientras decía a los circunstantes: **"Abrazo a este sacerdote como un acto de reparación por el crimen que cometí matando a aquel otro sacerdote en Ferrerías"**. Después marchó sereno al lugar de la ejecución, continuando así hasta el último momento».*

En Marqués rebrotó, por la acción de la gracia, aquella fe de niño que ni el odio ideológico ni las más perversas acciones habían podido destruir del todo. Todo el terrible proceso bélico, con las consecuencias trágicas y tan amargas del odio y los remordimientos de conciencia ante acciones tan terriblemente salvajes y a la vez tan caprichosamente gratuitas..., horadaron su alma que parecía dura como el acero. **Venció la gracia, y el sacerdote mártir tiró al cielo del obstinado asesino.**



12. EJERCICIO DE ORACIÓN PARA ESTA SEMANA

Orar con el Evangelio de este domingo:
EL MILAGRO DE LAS BOSAS DE CANÁ



Lectura del santo Evangelio según san Juan 2,1-11:

En aquel tiempo, había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda.

Faltó el vino, y la madre de Jesús le dice: «No tienen vino».

Jesús le dice: «Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Todavía no ha llegado mi hora».

Su madre dice a los sirvientes: «Haced lo que él os diga».

Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una.

Jesús les dice: «Llenad las tinajas de agua». Y las llenaron hasta arriba.

Entonces les dice: «Sacad ahora y llevadlo al mayordomo».

Ellos se lo llevaron. El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llama al esposo y le dice:

«Todo el mundo pone primero el vino bueno y, cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora».

Este fue el primero de los signos que Jesús realizó en Caná de Galilea; así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.



Mejor sabe el Señor lo que nos conviene que nosotros. ¿Para qué ansiar vernos libres de nuestras pequeñeces y miserias si, permaneciendo en ellas, glorificamos al Señor? Prefiero permanecer en ellas, pues «trono de la misericordia de Dios es nuestra miseria» (San Francisco de Sales). Así, la vanidad no me aleja de Él. Además, ¿no se conquista mejor el corazón de la persona que puede socorrernos exponiendo humildemente la necesidad con entera resignación y conformidad? —«¡Santa Madre de Dios!, enséñanos a alcanzar milagros siendo humildes en nuestra petición, como tú. **Libranos del orgullo que oculta vuestras súplicas**». «Más seguridad lleva el alma acerca del amor propio en **representar la falta que en pedir lo que le falta**» (San Juan de la Cruz).

Una oración confiada. Conoce María el Corazón compasivo de Jesús. Basta exponerle la necesidad para que se conmueva. Se fía, cree en la bondad y poder de su Hijo. Y cree a pesar de las apariencias, sin dejarse llevar de la primera impresión que le produce la negativa de Cristo. **Cree en el amor de Jesús.** «Y en las horas más negras de mi vida, cuando todos me dejen, dulce Jesús mío, y el alma esté de penas combatida, Sagrado Corazón, en ti confío, porque creo en tu amor para conmigo». **Una oración perseverante** que no vacila ante un intento fracasado: *Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?*

2. Haced lo que Él os diga

El milagro empieza a cumplirse. No sólo por la oración de María, sino por un mandato suyo: *Haced lo que él os diga*. La Virgen moviliza a sus primeros hijos. Se trata de convertir al mundo. Transformar el agua de las propias miserias en el vino añejo del amor. Se realiza el prodigio. Seis ánforas repletas hasta los bordes, unos cuatrocientos litros de agua se hacen vino exquisito. *Tú has reservado el vino bueno hasta ahora*, comenta sorprendido el maestresala.

Desde entonces, la Virgen ocupa el centro en la historia de todas las conversiones. Es nudo de comunicaciones. Enlaza almas con Dios. Con su oración, **María transforma pecadores, hace santos**. A lo largo de los siglos, va conquistando el mudo para el amor. Santa Madre de Dios, ruega por nosotros. Cuando el desaliento nos invade, cuando la pereza y el desánimo nos gritan que es imposible aspirar a la santidad, intercede por nosotros. Pide para cada uno **vino de amor que nos transforme cada día**. Y cuando se nos diga por todas partes que el mundo no cambiará, que la juventud continuará profanándose en la impureza, deshaciéndose en el egoísmo disolvente; que el dinero continuará esclavizando a los hombres, santa Madre de Dios, recuérdanos que, si somos fieles a tu consigna: *Haced lo que Él os diga*, nosotros, unidos a tantos hermanos de la Iglesia militante, transformaremos el mundo.

3. Confianza en María

Nos fue propicia en la tierra; luego mucho más será en el cielo, donde reina y ve mejor nuestras miserias (San Buenaventura). Pide cuando todavía no es la hora de Jesús, y consigue anticiparla. **Una madre no tiene horas para el corazón de su hijo**. Pide bienes temporales sin importancia —vino en un banquete de bodas—. Intercede mucho más para conseguir mi santificación en la salvación de las almas. Aboga por unos que no habían recurrido a Ella; luego intervendrá con más prontitud y eficacia cuando se la invoca. Santa Brígida oía en sus revelaciones a Jesús diciéndole a María: «Pide cuanto quieras. Tú en la tierra no me negaste nada. Yo no puedo negártelo en el cielo». Jesús sigue cumpliendo en el cielo sus obligaciones de Hijo, acata la voluntad de su Madre.

Fidelidad a su consigna: hacer cuanto Jesús nos diga. Inspiraciones, toques interiores, fidelidad en lo pequeño, dirección espiritual, obediencia en estudio-trabajo... *Haced cuanto Él os diga*. Es decir, **estad, permaneced en mi amor. Y estar en el Nazaret, en el desaparecer en vida oculta, obediencia, trabajo...**, treinta años, toda la vida, hasta que apunte el día de la eternidad. Desaparecer en silencio. Y todo —

Después de ponerte en la presencia de Dios, de invocar al Espíritu Santo para que te ilumine, y de pedir a la Virgen Santísima que te ayude y te ponga muy dentro de su corazón, puedes hacer la oración estos días con ayuda de las meditaciones siguientes.

Esta oración preparatoria al Espíritu Santo te puede ayudar mucho:

OH ESPÍRITU SANTO, AMOR DEL PADRE Y DEL HIJO, ESTABLECE TU MORADA EN MI CORAZÓN, Y ELEVA SIEMPRE HASTA LO ALTO, COMO LLAMARADAS DE AMOR, TODOS MIS PENSAMIENTOS Y MIS AFECTOS, HASTA EL SENO DEL PADRE, DE MANERA QUE MI VIDA ENTERA SEA UN CANTO DE ALABANZA A LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

MEDITACIÓN DEL P. TOMÁS MORALES

1. "No tienen vino" Una súplica humilde y confiada

Oración y mandato de la Virgen realizando el milagro. *No tienen vino*. Mis hijos hoy, como aquellos esposos y convidados de las bodas, no tienen el vino ardiente y generoso del amor que les haga perderse en la vida sencilla y oculta, como la de Nazaret. ¡Cómo suplica la Virgen en el cielo, y más en los días después de Epifanía! Mis hijos, continúa, la juventud del mundo, no tienen vino, corren tras los placeres, y quedan vacíos. *No tienen vino*. Petición apremiante, pero discreta.

Una súplica de la Virgen anticipará la hora de Dios. Aquella petición de Ella fue audaz. Pretendía conseguir una locura, un imposible: torcer la voluntad de Dios, cambiar lo que tenía decretado. *Todavía no ha llegado mi hora*, acaba de decir Jesús. Y, sin embargo, la oración de María la anticipa. **Una oración humilde, confiada, perseverante.**

Una oración *humilde*. **No pide el milagro, no solicita el remedio; se limita discretamente a exponer una necesidad.** *El que ama está enfermo*, dirán las hermanas de Lázaro. *No tienen vino*, habla María. Con sencillez y delicadeza encantadoras. No exige con violencia, no pide impetuosa y arrogante, como nosotros, hartos de vernos envueltos en miseria. *No tienen vino*, se limita a decir. «**El que discretamente ama, no cuida de pedir lo que le falta y desea, sino de representar su necesidad para que el Amado haga lo que fuere servido**» (San Juan de la Cruz).

obedecer, sufrir; trabajar, amar, ofrecerse— «envuelto en silencio». En ese silencio de la vida de Nazaret, en donde la música callada y la soledad sonora son preludio del divino silencio y de la eterna armonía.

4. Manifestación de la gloria de Dios

Y manifestó su gloria, añade el evangelio. Es la tercera manifestación. La tercera epifanía de la divinidad. Después de los Magos y el Jordán, Caná de Galilea. El Verbo encarnado sigue revelándose más y más al correr de los años. La estrella de la fe, ocultándose y reapareciendo, va brillando con más intensidad. Hasta que se pare en la casa donde habita el Niño, el cielo.

Y creyeron en Él sus discípulos. Así cierra el Espíritu Santo este evangelio. Una catarata de milagros empieza a inundar el mundo... Los de entonces, los de todos los siglos. Es el Corazón de Cristo, «océano inefable de prodigios». Y María, en el primer milagro, como en los sucesivos, la Medianera. Ella desencadena esa catarata. Ella desborda ese océano, anegándonos a todos en sus aguas hasta arrastrarnos a las playas de la eternidad.

—«¡Santa Madre de Dios, ruega por nosotros, salva al mundo, intercede por nosotros, compadécete de la juventud!».

MEDITACIÓN DE BENEDICTO XVI

-No tienen vino.

María simplemente le dijo esto a Jesús. Ella no le dice lo que tiene que hacer. No le pide nada en particular, y ciertamente no le pide realizar un milagro para hacer vino. Simplemente le hace saber el asunto a Jesús y lo deja hacer.

En las directas palabras de la Madre de Jesús podemos apreciar dos cosas: por un lado su cariñosa preocupación por la gente, ese cariño maternal que la hace estar atenta a los problemas de los otros. Vemos su cordial bondad y su voluntad de ayuda. Es la Madre a la que podemos confiar nuestros cuidados, nuestras necesidades y nuestros problemas. Su maternal disposición para la ayuda, en la cual nosotros confiamos, aparece aquí por primera vez en las Sagradas Escrituras.

Pero además... María deja todo al juicio de Dios. En Nazaret, ella entregó su voluntad, sumergiéndola en la de Dios: «*He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1, 38). Y esta continúa siendo su actitud fundamental. Así es como ella nos enseña a rezar: no para buscar afirmar nuestra propia voluntad y nuestros propios deseos ante Dios, sino para permitirle que decida aquello que Él quiera hacer. De María nosotros aprendemos el gusto y disposición para ayudar, pero también aprendemos la humildad y generosidad para aceptar la voluntad de Dios.

-Qué tengo yo contigo, Mujer. Todavía no ha llegado mi hora.

Encontramos todavía más difícil entender la respuesta de Jesús. En primer lugar, no nos gusta la manera como él se dirige a ella: «*Mujer*». ¿Por qué no le dice «*Madre*»? Quizá porque este título expresa realmente el lugar de María en la historia de la salvación. Señala al futuro, a la hora de la crucifixión, cuando Jesús le dirá: «*Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre*» (Cf. Jn 19, 26-27). Ello anticipa la hora cuando él hará de la mujer, su Madre, la Madre de todos los discípulos. Por otro lado, el título «*mujer*», recuerda el relato de la creación de Eva: ... Así Eva es creada, y en ella Adán encuentra la compañía que buscaba; y le da el nombre de «*mujer*». En el Evangelio de Juan, así, María representa la nueva, la definitiva mujer, la compañía del Redentor, nuestra Madre: el nombre, que parecía muy falto de afecto, realmente expresa la grandeza de la misión de María.

Menos aún nos gusta la otra parte de la respuesta de Jesús a María en Caná: «*Mujer, ¿qué tengo que ver yo contigo? Aún no ha llegado mi hora*» (Juan 2, 4). Nosotros queremos objetar: ¡tú tienes que hacer mucho con ella! Fue María quien te dio la carne y la sangre, quien te dio su cuerpo, y no solo su cuerpo: con su «*sí*» que pronunció desde las profundidades de su corazón ella te engendró en su vientre y con su amor maternal te dio la vida y te presentó a la comunidad del pueblo de Israel. Si esta es nuestra respuesta a Jesús, ya vamos por buen camino para entender la respuesta de Jesús. Porque todo esto debería hacernos recordar que en las Sagradas Escrituras encontramos un paralelismo entre el diálogo de María con el Arcángel Gabriel, en el que dice: «*Hágase en mí según tu*

palabra» (Lucas 1,38). Este paralelismo se encuentra en la Carta a los Hebreos que, con palabras traídas del Salmo 40 nos narra el diálogo entre Padre e Hijo —aquel diálogo en el que da inicio la encarnación. El eterno Hijo dice al Padre: «*Tú no quieres sacrificios ni ofrecimientos, en cambio me has preparado un cuerpo... Yo vengo... para hacer, Dios, tu voluntad*». El «*sí*» del Hijo: «*Vengo para hacer tu voluntad*», y el «*sí*» de María: «*Hágase en mí según tu palabra*» —este doble «*sí*» se convierte en un único «*sí*», y de esta manera el Verbo se hace carne en María. En este doble «*sí*» la obediencia del Hijo se hace cuerpo, María le dona el cuerpo. «*¿Qué tengo yo contigo, mujer?*». Aquello que en lo profundo tienen que hacer el uno con la otra, es este doble «*sí*», en cuya coincidencia se ha realizado la encarnación. Es en este punto de su profundísima unidad que el Señor mira con su palabra. Ahí, en este común «*sí*» a la voluntad del Padre, se encuentra la solución. Debemos encaminarnos también nosotros hacia este punto; ahí encontraremos la respuesta a nuestras preguntas.

MEDITACIÓN DE SAN ALBERTO HURTADO

Con María en nuestros apuros

¡Faltó el vino! ¡Pero allí estaba María felizmente! Ella con su intuición femenina vio el ir y venir, el cuchicheo, los jarros que no se llenaban... Y sintió toda la amargura de la pareja que iba a ver aguada su fiesta, la más grande de su vida... Sintió su dolor como propio. ¡Comprensión! de los dolores ajenos... No decir esas palabras huecas que no significan nada... y menos aún pasar de largo. Cuando hay un dolor que allí estemos.

Y Ella comprendió que podía hacer algo, y que Él lo podía hacer todo. Ella guardaba en su Corazón el secreto desde hace 30 años... sabía que vendría un día en que Él tendría que manifestarse, en vano había esperado hasta ahora esa manifestación. Unas cuantas palabras a los 12 años y ¡¡nada más!! ¿Cuándo llegaría ese momento? Ella presentía que en ese momento estaría Ella, su Madre, junto a Él. La buscó para comenzar su vida. Ella intervendría en su manifestación pública, como iba a estar presente en el último momento, como lo estaría en su Ascensión y en el descendimiento de su Espíritu. Ella ligada irrevocablemente a su obra.

Y le dice: "¡No tienen vino!". La respuesta de Jesús: "*Pero qué nos va a mí y a ti. ¿No ves que aún no ha llegado mi hora?*". María comprende: Aun no ha llegado mi hora, es la idea central en la respuesta de Cristo. Y así es, ni antes, ni después de mucho tiempo, ningún milagro en la vida de Jesús. En su plan, los milagros vendrían después... después de la predicación, serían los signos que la confirmarían. En verdad todavía no era la hora. Pero, al propio tiempo ¿por qué toma en serio la observación de María?, ¿por qué no la deja pasar? ¡Ah! María comprendió al punto que no era su hora, pero que no le iba a decir que no, a Ella su Madre. Y Ella que había comprendido como nadie el sentido de la Encarnación, que era un mensaje de amor, de redención, de elevación, de pacificación, de alegría para las almas, comprende también que Jesús estará feliz de anticipar esa hora para alegrarla a Ella y para mostrar la preminencia de la caridad sobre toda consideración. Y por eso con llaneza y seguridad únicas dice a los sirvientes: "*Haced cuanto Él os diga*" (Jn 2,5).

¡Oh, María, contigo estoy tranquilo! Vela tú por mí, que el infierno nada podrá en contra mía, y Jesús, tu Hijo, fruto bendito de tus entrañas, se plegará a tus dulces deseos. ¡Y Jesús obra a su manera! ¡Qué manera! ¡Si parece que quisiera tomarnos el pelo! ¿Falta vino? ¡¡Pues echen agua a las tinajas!! Y ahora lleven esa agua al maestresala. A la base de la fe, está la "rendición incondicional" y por eso parece que ahora, como entonces, quiere exigir de nosotros ese salto en el vacío, ese abrazar su autoridad, ese paso de la lógica a la fe, de las razones a la aceptación del misterio, porque es Él quien lo dice y nada más, motivo formal de la fe.

Y quien no da ese paso no llega a la fe; y quien se espanta como el caballo ante la sombra y recula, necesitará que Jesús, buen jinete le clave las espuelas y si a pesar de todo no pasa, indócil a la gracia de Dios, se esterilizará y morirá.

La fe, ¡base de toda vida cristiana! El primer contacto del hombre con Dios es por la fe. "¡Sin fe es imposible complacer a Dios!" (Heb 11,6). ¿Cómo obtenerla? Pedirla, suplicarla, actuarse; humildad de corazón. Realizar la verdad, porque "el que obra la verdad, va a la luz" (Jn 3,21)